

EL SEMINARIO
DE JACQUES LACAN
LIBRO 5

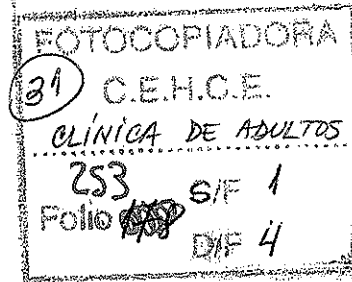
LAS FORMACIONES
DEL INCONSCIENTE
1957-1958

TEXTO ESTABLECIDO POR
JACQUES-ALAIN MILLER

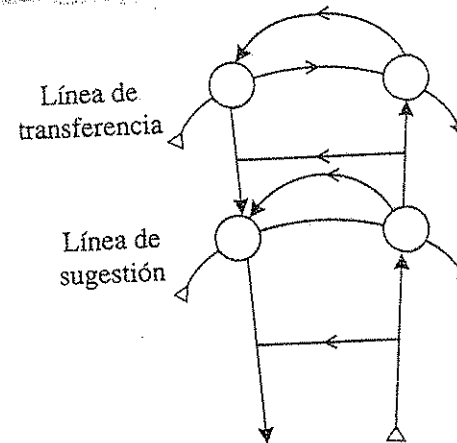
EDICIONES PAIDÓS
BUENOS AIRES - BARCELONA
MÉXICO

XXIV

TRANSFERENCIA Y SUGESTIÓN



*Las tres identificaciones
En dos líneas
Regresión y resistencia
Significancia de la acción
Su técnica y la nuestra*



Vamos a adentrarnos, en los últimos seminarios que nos quedan este año, en el campo abierto por Freud tras la Primera Guerra, durante los años 1920 — el campo llamado de la segunda tópica. En efecto, nuestro recorrido de este año, al devolverles su dimensión a las formaciones del inconsciente, es el único que nos permite no extraviarnos respecto al sentido de esta tópica.

Nos veremos llevados a indicar qué quiere decir esta tópica, y muy especialmente porque en ella aparece en primer plano la función del yo. Tiene un sentido muy distinto, y mucho más complejo, del que acostumbran darle y que inspira el uso que luego se hace de ella. Ésta es la dirección.

Empezaré indicándoles que Freud consagra en *Psicología de las masas y análisis del yo* un capítulo a la identificación. Este capítulo, tienen que leerlo para ver la pertinencia de las relaciones que voy a establecer en este esquema entre los tres tipos de identificación distinguidos por Freud. Este esquema ha de tener para ustedes, en el punto donde nos encontramos, el valor de una mediación — les da una articulación, incluso una interpretación de lo que corresponde, por una parte, a la estructura del inconsciente, en tanto que está profundamente estructurada como una palabra, como un lenguaje, y, por otra parte, a lo que a modo de tópica se desprende de ella.

Los distintos órganos, por así decirlo, de la tópica freudiana están relacionados también con un esquema, es el famoso esquema en forma de huevo en el que se imaginan ustedes intuitivamente las relaciones del ello, del yo y del superyó. Vemos un ojo, una especie de pipeta que entra en la substancia y que supuestamente representa el superyó. Es un esquema muy cómodo, y éste es el inconveniente de representar cosas topológicas mediante esquemas espaciales. Sin embargo, hay en ello una necesidad de la que yo mismo no me libro, pues también represento la tópica mediante un sistema espacial, pero trato de hacerlo con la menor cantidad posible de inconvenientes. Mi pequeña red, imagínense que la toman, la arrugan, hacen una bola con ella y se la meten en el bolsillo. Pues bien, en principio, las relaciones permanecen iguales puesto que son relaciones de orden.

Evidentemente, es más difícil hacerlo con el esquema del huevo, porque éste está orientado por entero hacia la proyección espacial. Por esta razón, se imaginan ustedes que Freud quiere designar con el ello un órgano que está en algún lugar, con una protuberancia encima que representa el yo y que surge como un ojo. Pero lean el texto — no se menciona en absoluto nada que tenga este carácter substancial y que autorice a representarse esas instancias como una diferenciación orgánica. Las diferenciaciones freudianas son de una clase distinta que el desarrollo de los órganos corporales, se sitúan en un orden muy diferente, precisamente porque se sostienen en las identificaciones.

Era importante recordarlo, porque esto puede llegar muy lejos. Hay gente que se imagina que cuando practican una lobotomía quitan una rodaja de superyó. No sólo lo creen sino que lo escriben, y lo hacen con esta idea.

Freud distingue tres tipos de identificación. Esta tripartición está netamente articulada y la encontramos resumida en un párrafo del texto.

El primer tipo de identificación es *die ursprünglichste Form der Gefühlsbindung an ein Objekt*, la forma más original del vínculo de sentimiento con un objeto.

La segunda forma es la que Freud trata de forma particularmente extensa en este capítulo, que es la base concreta de toda su reflexión en torno a la identificación, profundamente vinculada con todo lo que corresponde a la tópica — *sie auf regressivem Wege zum Ersatz für eine libidinöse Objektbindung wird, gleichsam durch Introjektion des Objekts ins Ich*. La segunda forma de identificación se produce en la vía de una regresión, como sustitución de un vínculo con un objeto, vínculo libidinal equivalente a una introyección del objeto en el yo.

Esta segunda forma de identificación es la que, a lo largo del discurso de Freud en la *Massenpsychologie*, pero también en *Das Ich und das Es*, le plantea más problemas, debido a su relación ambigua con el objeto. Por otra parte, ahí es donde se concentran todos los problemas del análisis, en particular el del complejo de Edipo invertido. ¿Por qué, en un momento dado, en algunos casos, y en la forma del complejo de Edipo invertido, el objeto, que es objeto de vinculación libidinal, se convierte en objeto de identificación?

A veces es más importante mantener el problema planteado que resolverlo. Nada en absoluto nos obliga a que nos hagamos una representación cualquiera de alguna solución posible de la pregunta planteada. Esta pregunta es tal vez la pregunta central, la pregunta más acá de la cual estamos condenados a permanecer siempre, la que constituye el punto central. Bien es preciso que haya alguna en algún lugar, porque, dondequiera que vayamos a parar por considerar que todas las preguntas están resueltas, siempre quedará la pregunta de por qué estamos ahí — ¿cómo hemos llegado al punto donde todo se aclara?

Con todo, en este caso, ha de haber sin lugar a dudas un punto que haga que permanezcamos precisamente sumergidos en el problema. No les digo que éste sea el punto en cuestión, pero Freud, por su parte, en todos los casos, da vueltas a su alrededor y en ninguna ocasión pretende haberlo resuelto. Por el contrario, lo importante es ver cómo varían las coordenadas de este punto cero.

Se lo repito, la cuestión esencial es la del paso, comprobado por la experiencia, desde el amor por un objeto hasta la identificación resultante.

La distinción que Freud introduce aquí entre la vinculación erótica libidinal con el objeto amado y la identificación con el mismo no es diferente de aquella que había mencionado yo al final de uno de nuestros últimos seminarios sobre la relación con el falo, o sea, la oposición entre el ser y el tener. Pero a esto se añade lo que Freud dice que le aporta su experiencia — esta identificación es siempre de naturaleza regresiva. Las coordenadas de la transformación de un vínculo libidinal en identificación muestran que hay regresión.

Considero que saben ustedes lo suficiente como para que no tenga necesidad de poner los puntos sobre las íes. Al menos ya he articulado en las sesiones precedentes cómo se confirma una regresión. Pero se trata de saber cómo articularlo. Nosotros lo articulamos planteando que es la elección de los significantes lo que indica la regresión. La regresión al estadio anal, con todos sus matices y variedades, incluso al estadio oral, es siempre la presencia, en el discurso del sujeto, de significantes regresivos.

No hay ninguna otra regresión en el análisis. Que el sujeto se ponga a gemir en su diván como un bebé, incluso a imitar sus comportamientos, a veces ocurre, pero no estamos acostumbrados a ver en esta clase de aspavientos por parte del paciente la verdadera regresión que se observa en el análisis. Cuando esto se produce, por lo general no es de muy buen augurio.

En el punto donde nos encontramos, vamos a tratar de ver en nuestro esquema qué quieren decir estas dos formas de identificación. Situémonos aquí, en el nivel de necesidad del sujeto — este término lo emplea Freud.

Les indico de paso que Freud, y precisamente a propósito del advenimiento de la identificación en sus relaciones con la investidura del objeto, nos dice que debemos admitir que la investidura del objeto proviene del ello, el cual percibe las incitaciones, las presiones, las tensiones eróticas como necesidades, y esto les demuestra suficientemente que el ello se plantea como algo muy ambiguo.

Les advierto igualmente de paso que la traducción francesa de estos capítulos los vuelve ininteligibles y a veces les hace decir exactamente lo contrario del texto de Freud. El término *Objektbindung*, investidura del objeto, se traduce como *concentration sur l'objet*,¹ lo cual es increíblemente oscuro.

1. Concentración en el objeto. [N. del T.]

Dejando de lado la perspectiva de la necesidad, estas líneas nos proporcionan los dos horizontes de la demanda. Encontramos aquí la demanda como articulada, en la medida en que toda demanda de satisfacción de una necesidad ha de pasar por los desfiladeros de la articulación que el lenguaje convierte en obligatorios. Por otra parte, debido al solo hecho de pasar al plano del significante, por así decirlo, en su existencia y no ya en su articulación, hay demanda incondicional del amor, y de ello resulta, en aquel a quien se dirige la demanda, es decir en el Otro, que él mismo es simbolizado — y esto significa que aparece como presencia sobre un fondo de ausencia, que puede ser hecho presente en cuanto ausencia. Antes incluso de que un objeto sea amado en el sentido erótico del término — en el sentido en que el eros del objeto amado puede ser percibido como necesidad —, el planteamiento de la demanda en cuanto tal crea el horizonte de la demanda de amor.

En este esquema, las dos líneas en las que la necesidad del sujeto se articula como un significante — la de la demanda como demanda de satisfacción de una necesidad y la de la demanda de amor — están separadas debido a una necesidad topológica, pero las observaciones de hace un instante se aplican. Esta separación no quiere decir que no sea una única y misma línea, donde se inscribe lo que le articula el niño a la madre. Hay superposición permanente del desarrollo de lo que se produce en una y otra de estas líneas.

Van a ver ustedes una aplicación inmediata de esto último — esta ambigüedad es precisamente la que, a lo largo de toda la obra de Freud, se mantiene de una forma constante entre la noción de la transferencia — quiero decir, de la acción de la transferencia en el análisis — y la noción de la sugestión.

Freud nos dice constantemente que, después de todo, la transferencia es una sugestión y a este título la usamos, aunque añade — pero hacemos con ella algo muy distinto, porque esta sugestión, la interpretamos. Ahora bien, si podemos interpretar la sugestión, es ciertamente porque tiene un trasfondo. La transferencia en potencia está ahí. Sabemos muy bien que eso existe, y enseguida voy a darles un ejemplo.

La transferencia es ya en potencia análisis de la sugestión, en sí misma es la posibilidad del análisis de la sugestión, es articulación segunda de lo que, en la sugestión, se impone pura y simplemente al sujeto. En otros términos, la línea de horizonte en la que se basa la sugestión está aquí, en el nivel de la demanda, la que le dirige el sujeto al analista por el solo hecho de que esta ahí.

Esta demanda no carece de variedad. ¿Cuáles son estas demandas? ¿Cómo situarlas? Es interesante aclararlo al principio, porque es extrema-

damente variado. Hay verdaderamente personas en quienes la demanda de curarse está ahí en todo momento, acuciante. Los otros, más avisados, saben que esta demanda es pospuesta al día de mañana. Hay otros que vienen por algo distinto que la demanda de curación, han venido a ver. Los hay que vienen para convertirse en analistas. ¿Pero qué importancia tiene saber el lugar de la demanda? — si el analista, aunque no responda a la demanda, sólo por estar instituido, responde, lo cual es constitutivo de todos los efectos de sugestión.

La idea que se tiene habitualmente es que la transferencia es aquello gracias a lo cual opera la sugestión. El propio Freud escribe que si es conveniente dejar que se establezca la transferencia, es porque es legítimo hacer uso del poder, ¿de qué?, de sugestión, que da la transferencia. Aquí la transferencia se concibe como la toma² del poder del analista en el sujeto, como el vínculo afectivo por el que el sujeto depende de él, y que podemos usar legítimamente para hacer admitir una interpretación. ¿Qué quiere decir esto? — sino enunciar de la forma más clara que hacemos uso de la sugestión. Para llamar las cosas por su nombre, si el paciente engulle nuestras interpretaciones es porque ha llegado a quererlos. Aquí, estamos en el plano de la sugestión. Pero, por supuesto, Freud no pretende limitarse a esto.

Nos dicen — *Sí, es simple, vamos a analizar la transferencia, ya verán, eso hace que se desvanezca por completo la transferencia.* Destaco estos términos, porque no son los míos, sino los que están implícitos en todas las discusiones sobre la transferencia como ascendiente afectivo sobre el sujeto. Considerar que nos diferenciamos de quien se basa en su poder sobre el paciente para hacer admitir la interpretación, o sea que sugiere,³ porque vamos a analizar este efecto de poder, ¿qué es sino aplazar el problema hasta el infinito? — puesto que desde donde se analizará el hecho de que el sujeto haya aceptado la interpretación, será nuevamente desde la transferencia. No hay ninguna posibilidad de salir por esta vía del círculo infernal de la sugestión. Ahora bien, nosotros suponemos precisamente que algo distinto es posible. Se trata, por lo tanto, de que la transferencia es algo distinto del uso de un poder.

La transferencia es ya en sí misma un campo abierto, la posibilidad de una articulación distinta y diferente de la que encierra al sujeto en la demanda. Por eso es legítimo, cualquiera que deba ser su contenido, poner en

2. *Prise.* [N. del T.]

3. En francés. *suggestion* es tanto sugerencia como sugestión. [N. del T.]

el horizonte esta línea. Aquí la llamo la línea de la transferencia. Es algo articulado que está en potencia más allá de lo que se articula en el plano de la demanda, donde ven ustedes la línea de la sugestión.

Pero lo que está aquí en el horizonte es lo que produce la demanda en cuanto tal, a saber, la simbolización del Otro, y la demanda incondicional de amor. Aquí es donde va a alojarse ulteriormente el objeto, pero como objeto erótico, buscado por el sujeto. Cuando Freud nos dice que la identificación que viene después de esta búsqueda del objeto como amado y la reemplaza es una regresión, de lo que se trata es de la ambigüedad entre la línea de la transferencia y la línea de la sugestión.

Lo articulé hace tiempo, al principio de todo — en la línea de la sugestión es donde se produce la identificación en su forma primaria, la que conocemos bien, la identificación con las insignias del Otro en cuanto sujeto de la demanda, el que tiene el poder de satisfacerla o no satisfacerla y marca en todo momento esta satisfacción con algo que es, ante todo, su lenguaje, su palabra.

He destacado la importancia de las relaciones habladas del niño. Todos los otros signos, toda la pantomima de la madre, como decían ayer por la noche, se articula en términos significantes que cristalizan en el carácter convencional de aquellas mímicas supuestamente emocionales con las que la madre se comunica con el niño. Toda clase de expresión de las emociones en el hombre tiene un carácter convencional. No hay necesidad de ser freudiano para saber que la pretendida espontaneidad expresiva de las emociones revela ser, cuando se examina, no sólo problemática sino hiperflotante. Lo que en cierta área de articulación significativa significa una determinada emoción, puede tener en otra área un valor expresivo muy distinto.

Así pues, si la identificación es regresiva es precisamente porque la ambigüedad entre la línea de transferencia y la línea de sugestión es permanente. Dicho de otra manera, no debemos sorprendernos de ver en las secuencias y en los rodeos del análisis que las regresiones son escandidas por una serie de identificaciones correlativas que marcan sus tiempos, su ritmo. Por otra parte, son distintas — no puede haber a la vez regresión e identificación. Las unas son las detenciones, los stops de las otras. Pero aun así, si hay transferencia es precisamente para que esta línea superior se mantenga en un plano distinto del de la sugestión, a saber, que sea considerada, no como algo a lo que no responde ninguna satisfacción de la demanda, sino como una articulación significativa propiamente dicha. Esto es lo que distingue a la una de la otra.

Me dirán ustedes — ¿Cuál es la operación que hace que las mantenemos distintas? Nuestra operación es precisamente abstinentista o abstencionista. Consiste en no ratificar nunca la demanda en cuanto tal. Eso lo sabemos, pero esta abstención, aunque sea esencial, no es por sí misma suficiente.

Pero salta a la vista — si estas líneas pueden permanecer distintas, es porque corresponde a la naturaleza de las cosas que permanezcan distintas. Dicho de otra manera, pueden permanecer distintas porque para el sujeto lo son y entre ambas está todo ese campo que, gracias a Dios, no es estrecho y nunca queda abolido. Se llama el campo del deseo.

En consecuencia, todo lo que se nos pide es que no favorezcamos esta confusión con nuestra presencia allí en cuanto Otro. Pero, por el solo hecho de que estemos ahí para escuchar como Otro, esto es difícil, y tanto más si, por la forma en que entramos ahí, acentuamos el carácter llamado permisivo del análisis. Es permisivo sólo en el plano verbal, pero con eso basta. Basta con que las cosas sean permisivas en el plano verbal para satisfacer al paciente, no, por supuesto, en el plano real sino en el plano verbal. Y basta con satisfacerlo en el plano de la demanda para que se establezca irremediabilmente la confusión entre la línea de transferencia y la línea de sugestión. Ello quiere decir que, por nuestra presencia, y en tanto que escuchamos al paciente, tendemos a hacer que se confunda la línea de la transferencia con la línea de la demanda. Así, por principio, somos nocivos.

Si la regresión es nuestra vía, es una vía descendente. No designa el objetivo de nuestra acción sino un rodeo. Hemos de tenerlo siempre presente. Hay toda una técnica del análisis que no tiene otro objetivo más que establecer esta confusión, y por eso conduce a la neurosis de transferencia. Luego ven ustedes escrito en una revista llamada *Revue française de psychanalyse* que para resolver la cuestión de la transferencia sólo hay que hacer una cosa — pedirle al paciente que se siente, decirle cosas amables, mostrarle que ahí fuera todo es muy bonito y decirle que se vaya, franqueando la puerta pasito a pasito para no levantar polvo. Y todo esto, dicho por un gran técnico.

Gracias a Dios, entre estas dos líneas hay algo que precisamente impide que esta confusión irremediable se establezca. Y es algo tan evidente, que los hipnotizadores, o simplemente quienes se interesan en la hipnosis, saben perfectamente que ninguna sugestión, por muy lograda que sea, se apodera totalmente del sujeto.

Planteémonos la pregunta — ¿qué es lo que resiste?

Lo que resiste es el deseo.

Ni siquiera diría tal o cual deseo del sujeto, porque eso es evidente, sino esencialmente el deseo de tener el propio deseo. Es todavía más evidente, pero esto no es una razón para no decirlo.

Lo que el esquema enumera y ordena son las formas necesarias para el mantenimiento del deseo, gracias al cual el sujeto sigue siendo un sujeto dividido, como corresponde a la propia naturaleza del ser humano. Si ya no es un sujeto dividido, está loco. Sigue siendo un sujeto dividido porque aquí hay un deseo, cuyo campo tampoco ha de ser tan cómodo mantener, puesto que como yo les explico una neurosis está construida como está construida para mantener algo articulado que se llama el deseo.

Ésta es la buena definición. En efecto, la neurosis no es una mayor o menor fuerza o debilidad del deseo, ni la fijación, imaginada como si en un punto el sujeto hubiera metido el pie en un bote de cola. La fijación, si se parece a algo, es más bien a estacas destinadas a retener algo que de otra forma se escaparía.

La fuerza del deseo en los neuróticos, en lo que llaman el elemento cuantitativo, es muy variable. Esta variedad constituye uno de los argumentos más convincentes para establecer la autonomía de lo que llaman la modificación estructural en la neurosis. Salta a la vista en la experiencia que neuróticos con la misma forma de neurosis son personas muy diversamente dotadas en lo que uno de los autores en cuestión llama en algún lugar, respecto a la neurosis obsesiva, *la sexualidad exuberante y precoz* de uno de sus pacientes.

Se trata en este caso de un sujeto de quien se dice que se masturbaba pellizcándose ligeramente la parte periférica del prepucio. Persuadido de que se produciría lesiones irreparables, no osaba lavarse la verga y tuvo que consultar a un médico ante los fracasos repetidos de sus tentativas de coito. Se sabe perfectamente que no son sino síntomas, y el sujeto revelará ser, mediado su análisis, muy capaz de cumplir con sus deberes de marido y satisfacer a su mujer. Pero en fin, cualquiera que sea la fuerza en la que supongamos que se basan estos síntomas, no vamos a calificar de exuberante una sexualidad que de tan en suspenso y engañada como se deja mantener, sea posible dar una descripción semejante de un sujeto llegado a una edad avanzada. Esto no impide que otro neurótico obsesivo les muestre un

cuadro distinto, que justifique calificar su sexualidad de exuberante, incluso de precoz.

Esta diferencia tan sensible en los casos clínicos no nos impide reconocer que se trata en todos los casos de una misma neurosis obsesiva. La razón por la cual es una neurosis obsesiva se sitúa en un lugar distinto que el elemento cuantitativo del deseo. Si éste interviene, es sólo en la medida en que deberá pasar por los desfiladeros de la estructura, pues lo que caracteriza a la neurosis es la estructura.

En el caso del obsesivo, sea su deseo fuerte o sea débil, esté el sujeto en plena pubertad o venga con cuarenta o cincuenta años — es decir, cuando su deseo declina y desea hacerse alguna idea de lo que ha ocurrido, es decir, lo que hasta entonces no ha comprendido en absoluto en su existencia —, en todos los casos se pondrá de manifiesto que durante todo el tiempo de su existencia se dedica a colocar su deseo en posición fuerte, a constituir una plaza fuerte del deseo, y ello en el plano de relaciones que son esencialmente significantes. En esa plaza fuerte, habita un deseo débil o un deseo fuerte, la cuestión no es ésta. De una cosa no hay duda, las plazas fuertes siempre tienen doble filo. Las construidas para protegerse del exterior son todavía mucho más molestas para quienes están dentro, y éste es el problema.

La primera forma de identificación nos la define, por lo tanto, el primer vínculo con el objeto. Es, para ser esquemáticos, la identificación con la madre. La otra forma de identificación es la identificación con el objeto amado en cuanto regresiva, es decir, que debería producirse en otra parte, en un punto de horizonte que no es fácil de alcanzar porque la demanda es precisamente incondicionada, o más exactamente, está sometida a la única condición de la existencia del significante, porque fuera de la existencia del significante no hay ninguna apertura posible de la dimensión de amor propiamente dicha. Así, ésta depende enteramente de la existencia del significante, pero en el interior de dicha existencia no depende de ninguna articulación particular. Por esta razón no es fácil de formular, porque nada podría completarla, colmarla, ni siquiera la totalidad de mi discurso en toda mi existencia, ya que es, por otra parte, el horizonte de mis discursos.

Esto plantea precisamente la cuestión de saber qué quiere decir la S tachada en este registro. Dicho de otra manera, ¿de qué sujeto se trata?

No hay por qué sorprenderse de que esto no constituya nunca más que un horizonte. Todo el problema es saber qué va a construirse en este intervalo. El neurótico vive la paradoja del deseo como todo el mundo, porque ningún humano inserto en la condición humana se escapa. La única dife-

rencia que caracteriza al neurótico en cuanto al deseo es que está abierto a la existencia de esta paradoja en sí misma, lo cual, por supuesto, no le simplifica la existencia, pero tampoco lo deja en una posición tan mala desde cierto punto de vista.

Ahora podríamos articular decididamente el punto de vista del filósofo, cuestionarlo de la misma forma. El neurótico está, en efecto, en una vía que tiene algún parentesco con lo que articula el filósofo, o al menos con lo que debería articular; porque en verdad, este problema del deseo, ¿lo han visto ustedes ya claramente, cuidadosamente, correctamente e inteligentemente articulado en la vía del filósofo? Hasta ahora, una de las cosas que considero más características de la filosofía es que esto es lo que con más cuidado se evita en su campo.

Esto me llevaría a abrir otro paréntesis sobre la filosofía de la acción, que conduciría a las mismas conclusiones, o sea, que de la acción se habla a tontas y a locas. Ven ahí no sé qué de la espontaneidad, de la originalidad del hombre que surge para transformar los datos del problema, el mundo, como se suele decir. Resulta notable que nunca se destaque lo que para nosotros es verdad de experiencia, o sea, el carácter profundamente paradójico de la acción, totalmente emparentado con la paradoja del deseo. Empecé a introducirles sus rasgos y sus relieves la última vez, refiriéndome al carácter de hazaña, de proeza, de demostración, incluso de salida desesperada, propia de la acción.

Estos términos que empleo no son míos, porque el término *Vergreifen* lo emplea Freud para designar la acción paradójica, generalizada, humana. La acción humana se encuentra muy especialmente allí donde se pretende mostrarla en conformidad con la historia. Mi amigo Kojève habla del paso del Rubicón como punto de cooperación, solución armoniosa entre el presente, el pasado y el porvenir de César, aunque la última vez que pasé junto a ese Rubicón lo vi seco. Era inmenso cuando César lo cruzó, pero no era en la misma estación. Aunque César pasó el Rubicón con el genio de César, en el hecho de cruzar el Rubicón hay algo que supone tirarse al agua, porque se trata de un río.

En otras palabras, la acción humana no es algo tan armonioso. Para nosotros, analistas, resulta lo más sorprendente del mundo que nadie en el análisis se haya propuesto articular lo relativo a la acción en esta perspectiva paradójica en la que nosotros la vemos constantemente. Por otra parte, nunca vemos desde otra perspectiva, lo cual nos plantea bastantes dificultades para definir el acting out. En cierto sentido, es una acción como cualquier otra, pero que adquiere precisamente su relieve porque la provoca el

hecho de que utilizamos la transferencia, es decir, hacemos algo extremadamente peligroso, tanto más cuanto que, como lo ven ustedes desde que yo se lo sugiero, no tenemos una idea muy precisa de qué es.

Tal vez una indicación, de paso, sobre la resistencia les aclarará lo que quiero decir. En ciertos casos, el sujeto no acepta las interpretaciones tal como se las presentamos en el plano de la regresión. A nosotros nos parece que eso pega, y a él no le parece que pegue en absoluto. Entonces, se dice uno que el sujeto se resiste y que acabará cediendo si insistimos, teniendo en cuenta que estamos siempre dispuestos a jugar con la carta de la sugestión. Pero tal vez esta resistencia no carezca de valor. ¿Qué valor tiene? En la medida en que expresa la necesidad de articular el deseo de otra manera, o sea, en el plano del deseo, tiene precisamente el valor que Freud le da en algunos textos. Si la llama *Übertragungswiderstand*, resistencia de transferencia, es porque es lo mismo que la transferencia. Se trata de la transferencia en el sentido que les digo por ahora. La resistencia trata de mantener la otra línea, la de la transferencia, donde la articulación tiene una exigencia distinta de la que le planteamos cuando respondemos inmediatamente a la demanda. Esto que les recuerdo corresponde, ni más ni menos, a evidencias, pero evidencias que tenían necesidad de ser articuladas.

Para concluir respecto a la segunda identificación, ¿en qué punto se juzga lo que se produce como regresivo? La llamada de la transferencia es lo que permite ese jaleo de los significantes que se llama la regresión, pero no ha de limitarse a eso, por el contrario, ha de llevarnos más allá. Esto es lo que tratamos de considerar por ahora, a saber — ¿cómo operar con la transferencia? La transferencia tiende de forma del todo natural a degradarse en algo que siempre podremos satisfacer de alguna manera en su nivel regresivo, de ahí la fascinación por la noción de la frustración, de ahí las diferentes articulaciones que se expresan de mil formas en la relación de objeto, y la concepción del análisis que de ellas se deriva.

Todas las formas de articular el análisis tienden siempre a degradarse, y sin embargo esto no le impide al análisis ser algo distinto.

3

La tercera forma de identificación, Freud nos la articula como la que puede nacer de una comunidad recién descubierta con una persona que no

es en absoluto objeto de una pulsión sexual, *sie bei jeder neu wahrgenommenen Gemeinsamkeit mit einer Person, die nicht Objekt der Sexualtriebe ist*. ¿Dónde se sitúa esta tercera identificación?

Freud nos la ejemplifica de una forma que no deja ninguna ambigüedad en cuanto a la forma de trasladarla a este esquema. Como se lo he ido diciendo en estos últimos tiempos, en Freud siempre está dicho de la forma más clara. Toma como ejemplo la identificación histérica. Para el histérico, el problema es fijar en algún lugar su deseo en el sentido en que un instrumento de óptica permite fijarse en un punto. Este deseo acaba presentando para ella algunas dificultades especiales. Tratemos de articularlas de forma más precisa.

Este deseo está destinado en ella a no sé qué callejón sin salida, porque sólo puede realizar esa fijación del punto de su deseo a condición de identificarse con cualquier cosa, con un pequeño rasgo. Donde yo les digo una insignia, Freud habla de un rasgo, un solo rasgo, *einzigiger Zug*, no importa cuál, de otro en quien ella puede presentir que existe el mismo problema del deseo. Es decir que su callejón sin salida le abre a la histérica de par en par la puerta principal del otro, al menos la de todos los demás, es decir, todos los histéricos posibles, incluso todos los momentos histéricos de todo el resto, porque presente en ellos por un instante el mismo problema, el de la pregunta sobre el deseo.

Para el obsesivo, la pregunta, aunque se articula de forma algo distinta, es exactamente la misma desde el punto de vista de la relación, de la topología, y con razón. La identificación en cuestión se sitúa aquí, en ($\$ \diamond a$), donde les designé la última vez el fantasma. Hay un punto donde el sujeto ha de establecer una determinada relación imaginaria con el otro, no en sí, por así decirlo, sino en tanto que esta relación le reporta una satisfacción. Freud nos precisa que se trata en este caso de una persona que no tiene ninguna relación con una *Sexualtrieb*, cualquiera que sea. Es otra cosa — es un soporte, una marioneta del fantasma.

Le doy aquí a la palabra fantasma toda la extensión que ustedes quieran. Se trata del fantasma tal como lo articulé la última vez, en tanto que puede ser fantasma inconsciente. El otro sólo sirve aquí para lo siguiente, que no es poco — permitirle al sujeto sostener determinada posición que evita el colapso del deseo, es decir que evita el problema del neurótico.

Ésta es la tercera forma de identificación, que es esencial.

Sería demasiado extenso entrar ahora en la lectura del artículo de Bouvet aparecido en la *Revue française de psychanalyse*, donde figura igualmente mi informe "La agresividad en psicoanálisis". Este artículo se

llama "Importancia del aspecto homosexual de la transferencia", y les pido que lo lean, porque volveré a referirme a él. Quisiera tan solo articular el punto preciso donde designo el error de la técnica de análisis en cuestión:

Lo que se produce en el análisis, en la medida en que en los fantasmas aparece el objeto fálico, y en particular el falo del analista, se produce en un punto de proliferación que aunque ya está instituido siempre puede ser estimulado. En este punto es donde el sujeto, como obsesivo, asegura mediante su fantasma la posibilidad de sostenerse frente a su deseo — posibilidad mucho más escabrosa, peligrosa, que para el histérico. Es aquí, pues, donde aparece *a*, el falo fantasmático. En esta técnica que señalo, es ahí donde el analista se hará acuciante, insistente mediante sus interpretaciones para que el sujeto consienta en comulgar, en tragarse, incorporarse fantasmáticamente ese objeto parcial.

Yo digo que es un error de plano. Es hacer pasar al plano de la identificación sugestiva, el de la demanda, lo que ahí está en juego. Es favorecer una determinada identificación imaginaria del sujeto aprovechándose, por decirlo así, del asidero que proporciona la posición sugestiva que se le abre al análisis sobre la base de la transferencia. Es dar una solución falsa, desviada, errada, a lo que está en juego, no digo en sus fantasmas sino en el material que le aporta efectivamente al analista. Esto se lee en las propias observaciones, en las que se pretende construir sobre esta base toda una teoría del objeto parcial, de la distancia respecto del objeto, de la introyección del objeto y de todo lo que de ello se deriva. Les daré un ejemplo.

En esta observación es perceptible en todo momento que la solución del análisis del obsesivo es que llegue a descubrir la castración como lo que es, o sea, como la ley del Otro. Es el Otro quien está castrado. Por razones que obedecen a su falsa implicación en este problema, el propio sujeto se siente amenazado por dicha castración, de forma tan aguda, que no puede acercarse a su deseo sin experimentar sus efectos. Lo que estoy diciendo es que el horizonte del Otro, del Otro con mayúscula en cuanto tal, en cuanto distinto del otro con minúscula, es palpable en todo momento en esta observación.

Su anamnesis pone de manifiesto lo siguiente — la primera vez que se acerca a una niña, huye angustiado, va a encomendarse a su madre y se siente del todo confortado cuando le dicen — *Te lo diré todo*. No hay más que tomar este material al pie de la letra. Su sostenimiento subjetivo virtual pasa de entrada por una referencia desesperada al Otro como lugar de la articulación verbal. Ahí es donde en adelante el sujeto se encastillará por

completo. Éste es su único refugio posible ante el pánico que experimenta al acercarse a su deseo. Ya está inscrito, se trata de ver qué hay debajo.

Tan pronto se abren paso ciertos fantasmas mediante toda clase de incitaciones por parte del analista, llegamos a un sueño que el analista interpreta como el hecho de que la tendencia homosexual pasiva del sujeto se hace patente. He aquí el sueño — *Lo acompaño a su domicilio particular. En su habitación hay una cama grande. Me acuesto. Estoy extremadamente incómodo. Hay un bidé en un rincón de la habitación. Me siento feliz, aunque incómodo*. Nos dicen que tras la preparación de este sujeto por el período anterior del análisis, no experimenta muchas dificultades para admitir la significación homosexual pasiva de este sueño.

A su modo de ver, ¿basta con articular esto? Sin volver a examinar siquiera la observación — en la que hay todos los indicios para demostrar que no es suficiente —, limitándonos al propio texto del sueño, una cosa es segura, que el sujeto va a ponerse, nunca mejor dicho, en el lugar del Otro — *Estoy en su domicilio particular. Me he acostado en su cama*.

Homosexual pasivo, ¿por qué? Hasta nueva orden, no se manifiesta nada que convierta en esta ocasión al Otro en un objeto de deseo. Por el contrario, veo claramente designado en posición tercera, y en un rincón, algo plenamente articulado a lo que nadie parece prestar atención, cuando, sin embargo, no está ahí por nada. Es el bidé.

De este objeto, puede decirse que presentifica el falo y a la vez no lo muestra, pues no voy a presagiar que, en el sueño, se indique que alguien se ocupa de utilizarlo. El bidé está ahí indicando lo que es problemático. Si aparece, ese famoso objeto parcial, no es porque sí. Es el falo, pero, por así decirlo, como pregunta — el Otro, ¿lo tiene o no lo tiene? Ésta es la oportunidad de mostrarlo. El Otro, ¿lo es o no lo es? Esto es lo que hay detrás. En resumen, es la cuestión de la castración.

Este obsesivo es víctima, por otra parte, de toda clase de obsesiones de limpieza que ponen claramente de manifiesto que dado el caso ese instrumento puede ser una fuente de peligro. Para él, el bidé ha presentificado desde hace tiempo el falo, por lo menos el suyo.

Lo que es problemático para este sujeto es la pregunta a propósito del falo en cuanto que éste interviene como objeto de aquella operación simbólica por la que, en el Otro, en el nivel del significante, es el significante de lo golpeado por la acción del significante, de lo que está sujeto a castración. El objetivo no es saber si el sujeto se sentirá al final confortado por la asunción en él de una potencia superior, por la asimilación a uno más fuerte que él, sino saber cómo habrá resuelto efectivamente la pregunta que está

LA DIALÉCTICA DEL DESEO Y DE LA DEMANDA

implícita en el horizonte, o sea, la aceptación o no del complejo de castración en la medida en que ésta sólo puede realizarse en su función significante.

Aquí es donde se distingue una técnica de la otra, independientemente de la legitimidad vinculada con la estructura y el sentido mismo del deseo del obsesivo.

Sólo en el plano de la solución terapéutica obtenida, con considerar el nudo, el cierre, digamos la cicatriz resultante, no hay duda de que una determinada técnica no favorece un desenlace correcto, no corresponde a lo que se puede llamar una curación, ni siquiera una ortopedia, aunque fuese coja.

Únicamente la otra puede dar, no sólo la solución correcta sino la solución eficaz.

4 DE JUNIO DE 1958